



Hacia un Teatro del Misterio

Pere Sais

Propongo una vuelta al Misterio (*Μυστήριον*), a un teatro potente en acción, cuando el acto *se hacía*, se cumplía. No era un simulacro de acción. Era Acción (*δράσις*), Acto; carnal y espiritual (*πνευματικός*) a la vez, total.

Estoy pensando en un «Teatro del Misterio», en lo que fue o podría haber sido el antiguo “Drama Místico”, como un retorno a la fuente, al origen, a aquella desconocida raíz común entre el teatro y el ritual: al Acto performativo primario; Acto rememorado, reencarnado y “re-performado” aquí y ahora. [*Drama* tiene su raíz en el verbo *δρῶ* (*dro*); hacer]

El Teatro del Misterio indica y evoca, como el oráculo. No crea una ilusión, no “representa” ni “interpreta” sino que encarna una presencia, como en el arte de la hagiografía: el icono no es una “representación” de la divinidad, tampoco es un tótem que la encierra en su interior; es la presencia misma de la divinidad. El icono (la tabla con su composición pictórica) es un vehículo que exhala lo divino. Sin perspectiva. *Perspectiva invertida*: el observador no entra en el icono sino que la presencia de lo divino viene a encontrarle y le envuelve. El Teatro del Misterio es, en este sentido, un “arte icónico” y no “representacional”.

Estoy pensando en un teatro no desligado de la interioridad del ser humano y en la encarnación de ella a través del arte. La cara menos visible de las artes performativas. Un teatro como “vía de conocimiento” del ser humano. Esto no es nuevo, ya ha existido, sigue existiendo y se prolonga hacia el futuro.

El Arte del Misterio se funda en un “volver atrás”, no un volver atrás sentimentalista ni exótico, sino un “recordar” en acción sin soltar el momento presente. Desde el presente al principio; cada instante es el principio. *Romper la conexión entre el antes y el después* [Takuan]. Estar en el principio, pues *allí donde se halle el principio allí tendrá lugar el fin* (*Dichoso aquel que se encuentra en el principio: él conocerá el fin y no gustará la muerte*). Re-memorar, re-presentar, re-hacer, re-encarnar aquél Acto primario, desnudo y esencial; siempre igual y nunca igual, antiguo y nuevo a la vez, y no importa mucho si se le llama Misterio, Teatro, «Drama Ritual», o *arte como vehículo*.

Estoy pensando en esa vuelta al primer hacer performativo, a la fuente antigua de la Acción, a su impulso primero. En este retorno al Teatro del Misterio tenemos nuestro arte (el oficio) y “el corazón” (el proceso ligado a la vida, a nuestro aspecto interior); estructura y libertad, disciplina y espontaneidad, forma y flujo vital, exterioridad e interioridad. En esta *conjunctio oppositorum* yace el secreto de la realización, de la totalidad y entereza de la Obra de arte, y de nosotros mismos, de nuestro “ser” —nuestra presencia— en ella. Cualquier técnica, cualquier *training*, cualquier ascesis, cualquier aproximación es solo un “medio”, sin valor en sí misma como finalidad. Cuando la maestría se ha alcanzado, hay que trascender la técnica y afrontar el corazón y el espíritu. Buscamos, en esto, un sentido a nuestra existencia, intentamos llenar el vacío a través de nuestros “pobres” medios artísticos, a través de la *praxis* de nuestro oficio. El arte performativo —arte de acción por excelencia— es nuestro vehículo de aproximación — como el icono lo es de la presencia divina— a la fuente

misma de ese “algo” que está por encima de nosotros pero que al mismo tiempo está dentro de nosotros –llamémoslo vida, Dios, Vacío o el “vasto espacio”– más es pulsación, ritmo, danza, canto, espíritu, *logos*...

Nuestro Teatro del Misterio, desde lo carnal, lo corporal, deviene plegaria, yoga, oración de la acción y en acción. Construimos artesanalmente nuestra escalera a lo sutil, peldaño a peldaño, desde nuestra condición biológica y carnal, en búsqueda de la totalidad, abrazando en nosotros lo arcaico e instintivo con la conciencia, que es nuestro potencial aspecto como seres humanos. El cuerpo del *actuante* deviene, entonces, una refinera que transforma lo denso y pesado en algo sutil y liviano. Liturgia exterior (Acción) y liturgia interior (pasaje a lo sutil), como dos itinerarios que conforman la Obra, se amalgaman. En este *Misterio* se cumple y culmina un acto primordial de oración de la acción.

En un arte así el actor es hacedor; no simula, no interpreta, no aparenta, no miente ni se miente; es él, “Hombre”, *artifex* y *pontifex* a la vez.

*Sobre el río la luna brillante, en los pinos el viento que suspira;
toda la noche tan tranquila: ¿Por qué? ¿Para qué? [Hsüan-Chüeh]*

Está entregado, se desnuda y se da, se revela totalmente sin querer hacerlo. Se abandona al proceso a través de la no-resistencia. Busca el conocimiento sin buscarlo. Aquí no se suma, se quita. Es una vía apofática –de la negación– y no catafática. Como dice San Juan de la cruz, *Si quieres venir al santo recogimiento, no has de venir admitiendo, sino negando.*

*Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.
Para venir a lo que no eres,
has de ir por donde no eres.*

Filokalia del actor hesicasta

El hacedor es un “Hombre contemplativo en acción”. Él es néptico (vigilante) y hesicasta (sobrio). El *actuante* se “revela” –muy distinto de mostrarse o enseñarse en un sentido narcisista– y, a través de él, “revela” algo que está a la vez en él, en su interior, como una llama, y fuera de él. Él “sirve”:

Niégate a ti mismo y con tu arte “sirve”; a lo que quieras; al otro, a la otredad vertical [Dios], a tu oficio, pero “sirve”. Con tu arte y práctica eres artifex, “sirviendo” eres pontifex. Si te falta la maestría en tu oficio, no podrás afrontar los caminos del corazón; si te falta el corazón, tu arte es vacío y no tiene alma.

El *trabajo sobre sí mismo* es, al mismo tiempo, un *conócete a ti mismo* y un “conoce tu oficio”; aprendizaje en el ser y en el hacer. El artesano de la acción trabaja sobre sí mismo y se “descubre” en el hacer. ¿Cuál es tu hacer? ¿Cuál es el arte que te permite entrar en un proceso hacia la totalidad? Es decir, ¿cuál es el “hacer” con el que accedes a tu cuerpo, tu corazón, tu mente, tu alma, tu espíritu, tu psique, a ti, a ti todo entero, a tu Presencia? ¿Qué es lo que mantiene la llama de tu *organicidad*, de tu alma, de tu vida, encendida? Arte y cuestión humana son las dos caras de la misma moneda. El equilibrio dinámico entre la acción –manifiesta en su forma en el exterior– y el proceso interior, conduce al Gran Acto.

El actor-*actuante* es el guerrero de la acción i el esgrimista de la presencia. Él debe adquirir su maestría en la acción –el hacer– y en la presencia –el ser. El morfema de su arte, la partícula esencial, es el impulso. No el impulso solo físico sino aquel arraigado en las experiencias vitales, en la memoria individual y ancestral, en el profundo mundo interior que se encarna en el cuerpo; el impulso es un misterio.

El impulso es la pre-acción, algo como una pulsación en potencia que está y surge del interior del cuerpo y se expande como una corriente hacia el exterior. La acción es la prolongación del impulso y su concreción en una forma articulada hacia el exterior y visible desde el exterior. El impulso siempre está ligado al “contacto con”, a la intención, no en el sentido de una manipulación mental, sino como un “tender a/hacia” algo o alguien (Intención). Es una conexión: con el otro o con lo otro, con lo que quizás no está allí en carne y hueso pero que, de alguna manera, está allí encarnado, presente en algún lugar del espacio, en algún lugar de nosotros. Ese algo quizás estuvo allí o estará. El impulso es “contacto”.

Cuando el fluir de los impulsos/acciones (con su tempo-ritmo) es preciso y articulado, algo danza: el danzar de la presencia ligada a algo, a otro. Siempre el otro: *Si no eres hermano no eres aún hombre* dice Vicente Ferrer. Cuando el “yo” se vuelve “tú”, y el yo-tu “nosotros”.

En el Teatro del Misterio el hacedor desarrolla una conciencia vigilante en acción, nivel de percepción expandida y sutil. Su “mirada” es un “estar atento” triple y único a la vez: contempla el entorno que le rodea, su interior (propiocepción) y lo que está por encima de él y que es mayor que él (el vasto espacio). Ver y mirar a la vez, como el testigo silencioso que lo presencia todo sin “aferrarlo”, sin “agarrarlo”. Todo “objeto”, interior o exterior, se mueve y fluye dentro de la “espacialidad” que todo lo contiene. Formamos parte de ese flujo, del flujo de las cosas, pero ese vasto espacio “es”, permanece, inmutable.

Cuando la acción se cumple deviene acto; entonces el “viento” del reposo, de la espacialidad transparente, llega en olas y nos nutre. *¿Cuál es el signo de vuestro padre en vosotros? Es un movimiento y un reposo.*

La palabra es acto: encantación (en-canto-acción). Existe una manera de “decir”, de “en-cantar” que hace de la palabra cuerpo. Su forma, su contenido, su acción, devienen uno. Descenso del espíritu desde la mente (νοῦς) al corazón (καρδιά). Oración continua del corazón. La encarnación del *logos*. Se trata de un “afirmar” la palabra; algunas palabras son la presencia de su contenido, como iconos sonoros. En esta “afirmación”, el verbo (*logos*), a través de una entonación precisa, es como la flecha que trasciende el blanco, “más allá” del objetivo. El decir “afirmativo”, “vertical” de los monjes del Monte Athos cantando sus cantos bizantinos es una de las máximas expresiones de este “decir/encantar”.

La vía de la acción y el canto, camino de performer

Un antiguo aforismo reza: *Nada descansa, todo se mueve, todo vibra*. Universo y vida son vibración. El alma se mueve en ondas de sonido. Se dice en algunas escrituras antiguas que el universo fue creado a través del sonido de la voz y de la palabra (*logos*).

En el principio era el Verbo...y el Verbo se hizo carne.

El canto es vibración, así pues; vida. Es la máxima expresión del *acto total* de un ser humano. Nos ocupamos de la “resonancia espacio-corporal” porque el canto-cuerpo (el canto ligado al flujo de los impulsos vivientes) es la llave para acceder al “canto-espíritu”.

El “antiguo canto tradicional de resonancia”, como artilugio viviente elaborado a lo largo de muchas generaciones en el seno de varias tradiciones rituales, es la *pedra angular* de nuestra vía, nuestra herramienta principal. Su denominación no se limita a una línea única de tradición, si bien en nuestro caso nos centramos en cantos de raíz afrocaribeña y grecobizantina cristiana. Pero estas son sólo posibilidades. Puede haber muchas otras, es una decisión personal. Consideramos estos cantos como instrumentos que, por sus precisos impactos en términos de orden energético –enraizados en la resonancia sonora y en el flujo de los impulsos vivientes–, pueden ser usados para hacer un *trabajo sobre sí mismo* del ser humano, como un yoga artístico a través del canto enraizado en una aproximación performativa, en acción.

El antiguo canto tradicional de resonancia es como un prisma sonoro muy sutil. Está compuesto externamente por la melodía, las palabras y un tempo-ritmo precisos. En su interior contiene, como oculta detrás de la melodía, una “arquitectura sonoro-vibratoria” –como un *lenguaje vibratorio*– y una “vía de movimiento” (asociada a los impulsos vivos en el organismo). Todo este contenido codificado es como el ADN del canto. El descubrimiento del núcleo del canto (su “corazón”), a través de un modo de hacer riguroso y preciso, es la puerta de entrada al proceso vertical de “pasaje interior” que cada uno de los cantos puede originar en quién los canta. El actuante se eleva axialmente –como a través de una escalera, peldaño a peldaño– hasta la sutilidad. Este pasaje es como un viaje de ascensión a través de las cualidades de la energía (energía entendida en sus cualidades y no en la cantidad): el tránsito desde lo más burdo, nuestra esfera más vital, biológica e instintual, a lo sutil, refinado, transparente y luminoso, y el posterior descenso desde esa cualidad sutil a la fisicidad del cuerpo.

El canto es un llamamiento al alma, un sendero hacia nuestro desarrollo y totalidad como seres humanos. Canto es plenitud lúdica y luminosa. Canto es júbilo silencioso.

Nuestro camino es análogo a aquél de la esgrima de Miyamoto Musashi. Para él la esgrima era arte y algo más allá del arte. Ese “más allá” del arte es lo que encontró en otras artes, en las cuales fue igualmente un maestro. La nuestra es “vía del performer” a través del canto: “vía de la acción cantada”. Esta es la brújula de nuestra ascensión por la *senda estrecha* de nuestro Monte Carmelo hacia la plenitud. *Nada nada nada. Y en el monte, aún, nada.* Vacío.

Haz del Vacío la Vía y la Vía considérala “vacía”.

Existe la sabiduría. Existen los principios. Existen las vías. Pero el espíritu es “Vacío”. [Gorin No Sho]